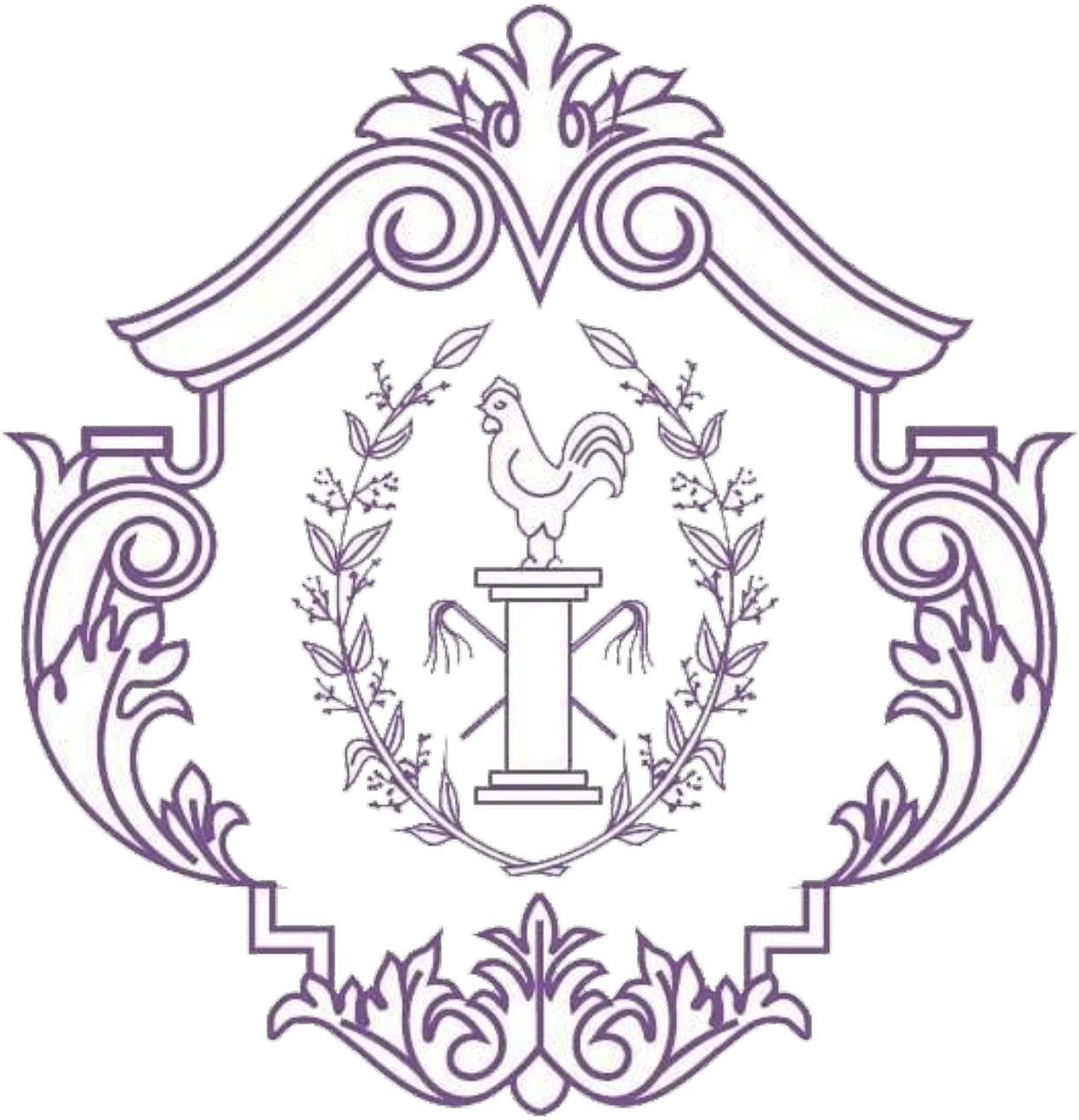
PREGÓN DE JUVENTUD 2023

A mi Padre, por inculcarme tanto amor hacia mis Titulares…

A mis jóvenes, sin los cuales esto no hubiese sido posible…



Son casi las cuatro de madrugada, y juntos nos encaminamos a la esquina baja de la Calle Almenas para despedir al Rey de los Gitanos y a su bendita madre. Y sí, digo encaminamos, porque ese es nuestro encuentro por más años que pasen: Corredera arriba con mi padre y mi madre. En este mismo instante, mi mente aterriza, y pienso: es tu día, Señor, es jueves Santo, y es el día del amor fraterno. Y creedme si os digo, que no es casualidad que nuestro Señor procesione este día.

No hay nada tan importante como el amor fraterno; pues nada nos salvará de la muerte si no es el amor, ese amor que transforma nuestra vida y que nos permite ir en paz llegado el momento.

Y como dijo un trovador:

“Podrá nublarse el sol eternamente,

Podrá secarse en un instante el mar,

Podrá romperse el eje de la Tierra,

Como un débil cristal.

¡Todo sucederá! Podrá la muerte

Cubrirme bajo su fúnebre crespón,

Pero de lo que estoy segura que jamás pasará

Es que se apague en mi por vosotros la llama del amor.

Y si hay alguien que sepa de amor y amar, esa es su madre, nuestra madre, la madre de todos los lebrijanos, la de las mesitas de noche de nuestros abuelos, la de debajo del flexo mientras estamos estudiando, la de los murales de azulejos de nuestro pueblo, de la que te puedes encontrar una estampa en el Camino de Santiago y en cualquier parte del mundo; a la que todo castillero exalta y de ella presume, porque con su fuerza y misericordia,

sentimos que el sol sí puede volver a brillar entre las nubes, la misma que de paz inunda a sus devotos cuando al Castillo a verte suben.

¡Cómo no tenerte tanta Fe, Castillo
si desde pequeña de mi nunca te olvidas
desde que mis padres me trajeron a verte
con una semana de vida!

¡Cómo no voy a rezarte, Castillo
si amor y salud repartes a tu pueblo de Lebrija,
si siempre nos amparas y bajo tu manto nos cobijas!

¡Cómo no voy a quererte, Madre mía
si a mis ángeles en la Tierra tú cuidas!

Es imposible no admirarte

admirar esa fuerza y valentía

tú que un calvario pasaste

viendo cómo Jesús en una cruz moría

tú que no descansaste

hasta que tu hijo resucitó al tercer día.

¡Cómo no voy a pregonarte, Castillo

si eres la dueña del alma mía

si en la oscuridad eres mi faro

y en la transparencia mi cruz de guía!

¡Qué grande es ser de tí

¡Y qué privilegio estar aquí este día!

¡Qué viva la Virgen del Castillo!

¡Y qué viva la Madre de Lebrija!

- Reverendo Señor Cura Párroco de la Parroquia de Nuestra Señora de la Oliva, Don Manuel Arroyo Romero.
- Hermana Mayor y Junta de Gobierno de la Antigua, Fervorosa y Venerable Hermandad y cofradía de Nuestro Padre Jesús Atado a la Columna, Nuestra Señora del Castillo Coronada, Patrona y alcaldesa honoraria perpetua de nuestra ciudad de Lebrija y San Pedro Apóstol.
- Diputados de Juventud de nuestra Hermandad.
- Querido hermano y presentador.
- Familia, amigos, jóvenes, Hermanos todos,

  PAZ Y BIEN.

Primeramente, agradecer de corazón a mi grupo de jóvenes y como no, a la Junta de Gobierno de la Hermandad del Castillo, la confianza puesta en mí para exaltar a nuestros titulares en el día de hoy, y poder transmitiros mi forma de vivir la Semana Santa y la Fe. Cuando me anunciasteis que sería la pregonera de Juventud del año 2023, que por cierto, vaya encerrona me hicisteis, alguien de ustedes me dijo: “lo siento pero no puedes decir que no”, y cómo iba a negarme… Y aunque a veces me ha costado escribir, hay ocasiones en las que el corazón habla solo.

Cómo no iba a empezar mi pregón dirigiéndome a mi familia, a mis padres, que tanto me dan y que me faltarían vidas para agradecerles todo, pero permitidme que hable por un momento de mi padre, quien nos ha inculcado tanto amor y devoción hacia nuestros titulares, quién tuvo sus inicios en esta hermandad vistiéndose de nazareno con

una túnica que le dejó Juan Antonio el del Bar Sin Cambio, como él siempre cuenta. Él, siempre quiso vestirse de alguna hermandad de pequeño, y tampoco creo que fuese casualidad que terminara en esta. Así como tampoco es casualidad que el 3 de febrero del año 2000, día en el que nací, fuese jueves.

De nazareno, costalero, en diferentes juntas, pero siempre vinculado. Él, que junto con mi madre, nos han llevado siempre por el camino de la Fe. Nos ha enseñado a querer al Señor desde lo más profundo. Y como es de bien nacido ser agradecido, a ti, Papá, gracias.

Por supuesto, no podría continuar sin mencionar a otro de los hombres de mi vida: mi hermano y presentador.

Cuando recibí la noticia de que hoy estaría en este atril, no tuve que pensar dos veces quién sería la persona que abriera paso a mi pegón. Quién mejor que él.

Qué os puedo decir de mi hermano. Si todo el que lo conoce sabe que es todo bondad. Educado, agradable, competente… Bueno, y cabezón como él solo. Y si siguiera, podría estar todo el día contándoos la gran persona que es y el corazón tan noble que tiene. Y no lo digo precisamente porque sea mi hermano.
Como todos sabéis, Javi es de esos que se desviven por sus titulares, y no solo durante la cuaresma, hablo de los 12 meses del año, porque en mi casa se vive así, Castillo de enero a diciembre.

Es con él con quien he compartido cada parte de mi vida en esta hermandad, cada vivencia, cada víspera, cada cuaresma; así como también he visto los dolores de cabeza que da una priostía, y lo que se sufre por la hermandad cuando de verdad te duele.

Y por supuesto con él, para no perder la tradición, lo primero que hacemos al despertar un jueves Santo es preguntarle a mi madre: ¿qué? ¿cómo está el día?, y aunque la previsión sea horrible y el día esté cerrado, ella nunca pierde la Esperanza y no nos quita la ilusión, esa que no perdemos por mucho que pase el tiempo, “está oscuro pero para la tarde ya no da lluvia” , “vaya pedazo de jueves Santo hace”; y bueno, ahora toca subir a la azotea, para confirmarlo. Más de uno ya sabe de lo que hablo.

Mi casa parece un expositor en este día: indumentaria de Costalero impecable en la habitación de mi hermano; revuelo de capas crema y túnicas moradas inundan los pasillos, guantes, escudos, capirotes y sandalias, y que no falte el olor a incienso que perfuma mi casa durante toda la cuaresma, y qué nervios tenemos ya… Es entonces cuando ponemos rumbo a nuestra segunda casa, esta Ermita, para antes de realizar nuestra estación de

Penitencia, dar los últimos apretones a los tornillos, retocar los pequeños detalles de los pasos, dejarlo todo a punto, y por supuesto, pedirle por los nuestros, porque el año que viene seamos los mismos, porque todo salga bien durante la cofradía, para que el tiempo nos acompañe, y por muchísimas cosas más.

Nos encontramos con una multitud de hermanos castilleros que te dicen: “por fin ha llegado nuestro día”, “¿estás nerviosa?”, “qué tengas buena estación de penitencia, por si no te veo luego”; pero yo solo anhelo encontrarme contigo y cruzarme con tu compasiva mirada.

Y te siento, siento que estás conmigo, que me das paz, y entablamos esa conversación muda en la que sobran todas las palabras. Es postrarme bajo su intensa mirada y sentir que todos los problemas son insignificantes. ¿Cómo pueden demostrar tanto amor unas manos atadas y llagas de dolor por todo el cuerpo? ¿Cómo puedes estar azotado y atado y transmitir tanta esperanza?

Qué difícil es hablar de ti, Padre

qué complicado contar lo que transmites

y qué delicado es expresar

lo que veo a través de tus ojos tristes.

Cuánto dicen tus azotes,

aquellos que te dieron sin merecer.

Te flagelaron en el Pretorio romano

sin querer reconocer

que eras el hijo de Dios

y por siempre tendrías que ser

quien nos salvara de este mundo,

aún siendo contigo cruel.

Cuánto dolor en tu dorso

qué malo y vil fueron contigo

qué por ser elegido de Dios

te impusieron tal castigo.

Eres mi fuerza y mi alivio,

eres verdad y promesa,

esa pequeña esperanza para el mayor que te reza.

Maniatado te azotaron

y brotaban lágrimas de amor

amor por esos tus hijos,

¡que tanto quieren al señor!

A las tres de la tarde, ya estamos en el Castillo plantados, porque aunque él no lo diga ni lo reconozca, el culo inquieto de mi padre no descansa ese día, emprendemos camino cuesta arriba con toda la indumentaria de nazareno.

Cuando son las seis, las puertas ya se abren. La cruz de guía da los primeros pasos. El incensario ya consume las primeras pastillas. Los costaleros, se ajustan costal, faja y zapatillas. En el patio, los diputados de tramos terminan de repartir los últimos cirios. Y los más pequeños, presurosos por salir con sus cirios y canastos, están deseosos de repartir las primeras estampitas.

Y entonces, comienza el sueño. Ese sueño del que nadie quiere despertar, y bendito sueño.

Con los capataces al martillo, el Señor baja la cuesta. El llamador suena para llevarle la Patrona a su Pueblo de Lebrija. “Hay que acordarse de la gente que hace hermandad, de los que ya no están, de los que tienen que venir”.

Y cuánta verdad hay en esas palabras. La hermandad somos todos, y hay que trabajar siempre por y para la hermandad; que importante los que se fueron, y nos dejaron la mejor herencia que tenían; qué relevantes los que vengan, que serán el futuro.

Antes de llegar al transformador, alzo la vista atrás y contemplo tu divina imagen, cómo el sol ilumina tu semblante y cada una de tus heridas. Heridas de amor. Porque tú eres eso, todo AMOR.

Detrás de ti, tu madre. Nuestra madre. Esa celestial princesa con tantos siglos de historia. La milagrosa Virgen del Castillo que es venerada por todos. Y no sabría decir quien reluce más en esta tarde de Jueves Santo, si el sol o la Señora.

Entre varales y candelabros,
flores rizadas y velas,
todo ello insignificante,
pues siendo tu cara tan bella.

Cuesta del castillo,
Elio Antonio de Nebrija
Aquí, Virgen te esperan
Las hermanas concepcionistas.

Te dan el título de abadesa,

a ti Coronada bendita

el báculo y un broche te ponen

para estar más guapa todavía.

¡Cuánto te quieren en el Convento!

¡Cuánto en ti confían!

Si ellas por ti se desviven,

cuando está llegando este día.

Último domingo de agosto

tus hijos hasta allí te guían

para que a ti y tu niño mimen

¡Las monjas concepcionistas!

Calle Juan Pedro Vidal, el Convento de las Hermanitas, y llegamos al asilo por José Sánchez de Alva. Otro de los momentos más especiales que he tenido la grandísima suerte de vivir muy cerquita el Jueves Santo. Y ya podréis imaginaros por qué. Ver la cara de todos los abuelos cuando llega el Señor, da años de vida. Y qué deciros de cuando llega la Virgen. Y hablando de abuelos, los míos no faltan a su cita ese día. Van a los oficios y ven a la hermandad en la Puerta de las Monjas. Y siempre los busco, y los sigo encontrando…Y jamás podré agradecerle a Dios todo el tiempo que me está dejando disfrutar de ellos. Que ojalá sean muchísimos más, y que ojalá sean partícipes de muchos jueves santos.

Nos apresuramos hacia Chamorro, por Cataño, Plaza y Corredera. Y en la esquina de esta Calle, una mujer impedida te espera. Su familia, siempre agradecida de que veléis un año más por ella.

Avanzamos hasta la fontanilla, cuando los más pequeños empiezan a preguntar: “¿cuándo vamos a encender las velas?”, “¿falta mucho para que se haga de noche?”. Y en sus caras de ilusión, me veo reflejada. Mamá, ¿te acuerdas de mis primeros años de nazarena? Me atrevería a decir que la mayoría de mis recuerdos de la niñez están ligados a esta hermandad: papeletas de sitio y taller de bordado en la Fontanilla, verbenas de verano en las explanadas, y hasta las cruces de mayo. Así fue como empezó todo. Por esa misma razón, hoy estoy postrada en este atril. De nazareno, de monaguillo, de flamenca el 12 de septiembre; limpiando plata, haciendo guardia los domingos, detrás de una barra, bueno, y donde me veis ahora mismo. La semilla que sembraron dio sus frutos, tanto en mí, como en mi hermano, y por supuesto en mi queridísimo grupo joven, los cuales ya no son solo conocidos y compañeros, son mi familia y amigos.

A los que están, a los que se fueron, a los que llegaron y estoy segura de los que están por llegar: GRACIAS. Todos habéis regado y seguís regando nuestra semilla para que el fruto nunca se pierda.

Benito Vela, Fernán Velázquez, Lorenzo Leal, y en la oscuridad de la noche, noto cómo el jueves se va consumando. Y en la lejanía, entre candelabros y azotes, sigues estando tú, tan llagado que cuesta reconocerte, entre burlas e insultos, sin amor, sin amigos. Todos hemos huido de la cruz. Porque eso es lo que hacemos cada día. Huir de la cruz. ¿O acaso no huimos del dolor y de aquello que no es agradable en vez de afrontarlo? Dios pone cruces en nuestra vida para sacar lo mejor de nosotros y darnos lecciones. ¿Acaso no huimos y nos alejamos de ti cuando todo va bien? ¿Es que acaso no nos acordamos de ti solo en momentos de necesidad?

Pensadlo, a todos nos ha pasado. Aun así, él nos sigue queriendo como el primer día y como si nada. Por ello, Señor, no sé qué vistes en mí.

Azahar, rosquetes, torrijas, incienso, capirotes, costales… Vocabulario de un cofrade a partir del miércoles de ceniza. Y es que, en nuestra Lebrija la cuaresma se vive con mucha intensidad. Desde cultos, pregones, veneraciones, hasta tertulias y ensayos… Y hablando de ensayos, qué buenos ratos echamos siempre después de cada ensayo. Hay por ahí alguna que otra anécdota que contar, pero mejor nos las guardamos.

Qué dicha haber coincidido con ustedes en este camino.

¿Lo oís? ¿escucháis el racheo?

¿escucháis el tintineo de las bambalinas?

Hay un barrio esperándote,

para darte la bienvenida.

La Virgen ya se acerca

Está llegando a su barrio,

en el Mantillo la esperan

Para quererla despacio,

Para tenerla a su vera

Todo un año esperando

Con que aquí llegue la Patrona

Todo el año añorando,

que sea esta bendita hora

Todo el año esperando como la demora de un chiquillo

Todo el año esperando a la virgen en el Mantillo

La Señora se va por Perales,

Encauzándose al Barrionuevo,

donde al final de la calle

nos encontramos con el Cielo

Ese cielo resplandeciente

Y tan lleno de luz

ansiosa ya se prepara

la hermandad de la vera cruz.

Ascendemos por cala de Vargas

como cabalgamos por nuestros sueños

¡qué no quiero que se acabe!

¡qué quiero seguir soñando despierto!

¡qué quiero seguir viendo tu cara,

bajo el oscuro del cielo!

¡Entre velas y flores rizadas!

¡entre chicotá y estrellas!

¡que no me despierten del sueño

que quiero seguir a tu vera!

¡qué quiero seguir madre mía

siendo ese niño que espera!

¡Para pasar por tu manto,

para sentirte tan cerca!

¡qué no me despierten del sueño!

¡qué ya se acaba este día!

¡qué no hay mayor castigo que el que sufrió María!

¡qué no me despierten del sueño!

¡qué ya está llegando la hora,

de llegar de nuevo al Castillo y recoger a la Señora!

¡qué no me despierten del sueño!

¡qué no me despierten Castillo!

¡Qué quiero seguir a tu lado

hasta mis últimos latidos!

¿Sabéis? A pesar de ser tan Castillera, debo confesar que mi devoción hacia la Virgen aumentó mucho en el momento en el que un grupo de querubines terminaron de bordar el Manto de Lebrija. Sí, el manto de Lebrija, porque con él nos cobija a todos. Y es que ver cómo este grupo de mujeres se desvivían cada tarde para ir a coser, me hizo reflexionar que hay que tener mucho amor y devoción para dedicarse en cuerpo y alma a esta tarea. Y es lo que ellas hacían, y hacen. No solo invertían muchísimo tiempo, sino que para que nuestra Madre luciese espectacular, más si cabe, lo hacían con mucho amor. Y en este grupo de mujeres está mi madre, y ella sabe que no puedo estar más orgullosa, y que se me llena la boca diciendo que “mi madre bordó el manto de la Virgen”.

Ya por Condesa de Lebrija, se nota el cansancio de tantas horas. Entonces, subiendo la cuesta me acuerdo de todas esas mujeres que, en pleno mes de mayo, no les pesa ni el cansancio, ni el calor, ni la hora para subir a ver a la Señora. Porque la Virgen y su mes, el mes y la Virgen, vence cualquier contraposición que haya. Ella todo lo puede, y después de esta pesada cuesta, nos estará esperando. Y no solo en el mes de mayo, sino todo el año. Es otra de las cosas que mi padre me ha enseñado y me ha inculcado, subir los domingos al Castillo y no solo durante la cuaresma y el Jueves Santo. Y a pesar de que a veces nos puede la pereza, siempre hay una vocecita por ahí que te dice: “A las 12 te recojo”, “¿subimos mañana?, yo me voy a acostar tarde hoy así que no muy temprano”. ¿Verdad Alejandro?

Y una vez más, puedo hacer referencia de las personas que esta Hermandad me ha regalado.

Nuestro jueves casi se acaba, y no puedo evitar sentir ese sentimiento tan contradictorio de felicidad plena y tristeza, porque hay que ver lo larga que es la espera, pero también lo rápido que pasa.

Una larga penitencia que podemos comparar con nuestra vida, porque al fin y al cabo eso es la vida, momentos duros en los que nos cuesta arrancar y momentos en los que no nos hace falta impulso; sin embargo, ellos siempre están, y estoy segura de que siempre estarán.

Llegados a este punto poco más puedo deciros. El contador se vuelve a poner a cero, y ansiosos ya esperamos un nuevo jueves santo. Alguna que otra cabecita ya empieza a maquinar cómo va a ser el altar de la Virgen el 12 de octubre.

Hoy suelto el libro de mis manos

y seguiré siguiendo tu sierva

El incensario se va apagando igual que hacen las velas,

ya te lo he dicho Castillo,

yo quiero seguir a tu vera

¡qué quiero seguir madre mía

siendo ese niño que anhela!

¡nunca dejes madre mía,

de acompañar a tu hijo que espera

el amor del prójimo y su madre toda la vida entera!

¡Nunca dejes Castillo, que en mí la llama se apague!

¡Nunca me dejes Señora tú que siempre curas mis males!

¡Nunca me dejes Dios mío!

¡Y nunca te olvides Patrona,

que inmensamente tu pueblo te quiere

y por eso te corona!

¡HE DICHO!